



Plaza de la Escuela, con el cartel de zona wifi, en Villaroya, el pueblo más pequeño de La Rioja con 5 habitantes.

(Des)población

Los pueblos riojanos llevan décadas perdiendo población. Hoy, con 61 municipios con menos de 100 habitantes y la mitad del territorio considerado “desierto demográfico”, urgen soluciones para frenar esta sangría con graves consecuencias territoriales y sociales

En la mitad del territorio de La Rioja viven los mismos vecinos que en la localidad de Alfaro. 9.500 habitantes. Son los censados en 88 municipios diseminados en las 250.000 hectáreas que ocupan las tres comarcas de sierra. Con una densidad de población menor a 10 habitantes por kilómetro cuadrado, asimilable a “desierto demográfico”, estos pueblos están padeciendo una lenta agonía que se inició en la década de los sesenta y setenta del siglo pasado. Pero también los municipios pequeños y medianos del valle están perdiendo habitantes. No un hecho nuevo, pero es ahora, cuando el fenómeno parece irreversible, el momento en que su voz se está empezando a oír y a ocupar espacio en las agendas políticas y sociales. Analizamos los datos que muestran la evolución demográfica del medio rural riojano, las medidas previstas por las Administraciones públicas y las opiniones de quienes viven y sufren las consecuencias de la despoblación.

Texto y fotografías: *Charo Díez*

Las cifras alertan del coma en que han entrado muchos pueblos riojanos. 61 municipios de los 174 de la comunidad autónoma (incluido Logroño) tienen menos de un centenar de habitantes; sumados todos ellos son menos de 3.000 personas (no llegan al 1% de la población de La Rioja). Dicho de otra manera, si juntamos a todos los censados en este tercio de pueblos más pequeños equivaldrían al conjunto de vecinos de Navarrete. Estos datos, como el resto que se analizan en este artículo, proceden del Instituto Nacional de Estadística elaborados a partir del padrón municipal a 1 de enero de 2018. Son cifras oficiales alarmantes que aun así ofrecen un retrato más optimista que el real. Una cosa son los empadronados y otra muy distinta los que viven y sufren la realidad del medio rural.

Un análisis de los datos por tramos de población (cuadro 1) muestra que en los últimos 20 años cada vez hay más pueblos con menos gente –si en 1998 eran 48 los pueblos con menos de un centenar de habitantes, en 2018, como decíamos, son 61–. Pero también han perdido población los municipios de entre 101 y 3.000 habitantes, que hace dos décadas agrupaban a la cuarta parte de la población de La Rioja y hoy, al 16%. Por el contrario, los

Cuadro 1. Distribución de la población por tamaño de municipio en La Rioja. 2018 y 1998

Tramos de población	2018			1998		
	Nº de municipios	Población total	% sobre población total	Nº de municipios	Población total	% sobre población total
Menos de 101	61	2.978	0,94%	48	2.461	0,93%
De 101 a 500	73	16.751	5,30%	83	19.485	7,39%
De 501 a 1.000	12	8.637	2,74%	16	11.726	4,45%
De 1.001 a 2.000	7	9.152	2,90%	9	13.538	5,13%
De 2.001 a 3.000	7	16.510	5,23%	8	18.361	6,96%
De 3.001 a 5.000	5	18.583	5,89%	3	9.910	3,76%
De 5.001 a 10.000	4	31.711	10,05%	4	30.949	11,74%
De 10.001 a 20.000	3	36.317	11,50%	2	31.597	11,99%
De 20.001 a 30.000	1	23.923	7,58%	0	-	-
De 30.001 a 100.000	0	-	-	0	-	-
De 100.001 a 500.000	1	151.113	47,87%	1	125.617	47,65%
Total	174	315.675	100%	174	263.644	100%

Fuente: Instituto Nacional de Estadística (Cifras del padrón municipal a 1 de enero de 2018).

municipios con más de 3.000 habitantes son cada vez más (14 frente a los 10 de 1998) y agrupan a más gente. Sin tener en cuenta a Logroño, donde vive algo menos de la mitad de los riojanos –un porcentaje que no ha tenido grandes variaciones en este periodo a pesar de sumar a 25.000

nuevos vecinos–, en los trece pueblos de más de 3.000 habitantes vive el 35% de la población. Quiere esto decir que algo más de 8 de cada 10 riojanos vive en la capital, las cabeceras de comarca del valle (Calahorra, Arnedo, Haro, Alfaro, Nájera y Santo Domingo), el entorno de



Villarta-Quintana tiene ahora un tercio menos de habitantes que en 1998.

Cuadro 2. Municipios con mayor variación de población (positiva y negativa) entre 1998 y 2018

Municipios con pérdida de más del 40% de la población	%	Habitantes
Torrecilla sobre Alesanco	-65,9%	-58
Jalón de Cameros	-50,0%	-18
Pinillos	-50,0%	-15
Villalobar de Rioja	-50,0%	-67
Cidamón	-48,9%	-23
Villar de Torre	-48,4%	-153
Santurdejo	-47,3%	-98
Valdemadera	-46,7%	-7
Villarejo	-46,0%	-23
Matute	-45,9%	-79
Bañares	-45,2%	-193
Cornago	-44,9%	-260
Villaverde de Rioja	-44,7%	-46
Villarroya	-44,4%	-4
Azofra	-43,7%	-155
Manzanares de Rioja	-42,4%	-53
Villanueva de Cameros	-42,4%	-53
Canillas de Río Tuerto	-42,0%	-29
Cabezón de Cameros	-41,2%	-14
Cárdenas	-41,0%	-102
Santa Coloma	-40,5%	-60
Cellorigo	-40,0%	-8
Municipios con crecimiento de más del 30%	%	Habitantes
Bergasillas Bajera	30,0%	9
Ventosa	30,0%	39
Casalarreina	31,6%	275
Uruñuela	32,1%	240
Autol	32,7%	1.101
Entrena	34,2%	387
Pradejón	35,5%	1.002
Clavijo	37,2%	74
Anguciana	38,7%	121
Fuenmayor	42,6%	929
Rincón de Soto	45,3%	1.160
Medrano	47,9%	104
Navarrete	48,5%	964
Albelda de Iregua	56,1%	1.244
Robres del Castillo	70,6%	12
Zorraquín	85,7%	42
Lardero	198,0%	6.772
Sojuela	240,2%	209
Villamediana de Iregua	298,1%	5.970
Total La Rioja	19,7%	52.031

Fuente: Elaboración propia con datos del INE.

Cuadro 3. Distribución de la población por comarcas. Variación entre 2018 y 1998

Comarcas	Población 2018	Población 1998	Diferencia en %	Diferencia en personas
Rioja Alta	4.486	44.707	1,74%	779
Sierra Rioja Alta	3.650	3.912	-6,70%	-262
Rioja Media	192.389	149.629	28,58%	42.760
Rioja Media sin Logroño	41.276	24.012	71,90%	17.264
Sierra Rioja Media	2.679	3.250	-17,57%	-571
Rioja Baja	70.109	64.308	9,00%	5.801
Sierra Rioja Baja	1.362	1.664	-18,10%	-302
Total La Rioja	315.675	263.644	19,74%	52.031

Elaboración propia con datos del INE.

Logroño (Lardero, Villamediana, Albelda y Fuenmayor) y los municipios riojabajeños productores de champiñón (Autol y Pradejón) y de pera (Rincón de Soto).

A la vista de la variación de censos en estas dos últimas décadas, la sangría demográfica ha ido restando pueblerinos y sumando ciudadanos, la sierra se ha vaciado a la vez que se llenaba el valle. El mayor crecimiento poblacional (cuadro 2) se ha producido en Villamediana de Iregua, que ha cuadruplicado su población; Lardero, que la ha triplicado; y Sojuela (+240%, un incremento posiblemente vinculado a la construcción de la urbanización en torno al campo de golf). Es notable el crecimiento experimentado también Calahorra (ha ganado más de 5.000 habitantes en este periodo), Haro y Arnedo (+2.000 nuevos censados cada uno) y más de 1.000 vecinos han crecido Autol, Pradejón y Rincón de Soto.

El trasvase de habitantes no solo se ha producido de la sierra al valle, también de municipios medianos del valle a los más grandes. Así, vemos que entre los pueblos que más población han perdido entre 1998 y 2018 se encuentran Torrecilla sobre Alesanco (-65,9%), Jalón de Cameros, Pinillos y Villalobar de Rioja (-50% cada uno); pero también en este grupo se encuentra Villar de Torre, que ha reducido prácticamente a la mitad sus vecinos, al igual que ha ocurrido en Bañares, Azofra y Cárdenas, o Grañón y Badarán, con restas en su censo del 39 y 32%, respectivamente. Es significativa la pérdida de población tan acusada en el valle del Alhama, sobre todo entre sus municipios grandes: Cornago ha perdido 260 vecinos (-45%), Grávalos, algo más de un centenar

(-36,5%); Aguilar, 229 (-32,8%); Cervera, 823 (-26,4%); e Igea, 184 (-23,2%).

El análisis comarcal (cuadro 3) muestra que las tres zonas de sierra han sufrido pérdidas de población significativas, situándose a la cabeza Sierra Rioja Baja, con una diferencia de censos del 18% entre 1998 y 2018; le sigue Sierra Rioja Media (-17,6%) y Sierra Rioja Alta (-6,7%). Por el contrario, las tres comarcas del valle ganan efectivos, sobre todo Rioja Media (+28,6%) que aglutina a 42.760 de las 52.031 personas en que ha crecido la población total de La Rioja en estos veinte años. Si hablamos solo del ámbito rural, y por tanto no se tiene en cuenta Logroño, el aumento es de casi el 72% en Rioja Media, debido a la expansión de los núcleos poblacionales próximos a la capital.

Menos de 10 habitantes/km²

La mitad del medio millón de hectáreas que ocupa La Rioja está poblado únicamente por el 3% de los habitantes de la región: 9.412 personas, los mismos vecinos que tiene Alfaro. En ese territorio que se extiende por la mitad meridional de la comunidad autónoma—250.000 hectáreas aproximadamente—viven menos de 10 habitantes por kilómetro cuadrado. Municipios como Villarroya, Villavelayo, Valdemadera, Mansilla, Zarzosa, Robres del Castillo, Ventrosa, Torre en Cameros, Navajún y Ajamil de Cameros tienen una densidad de población que no llega a un habitante por kilómetro cuadrado.

Este inmenso espacio serrano, donde se concentran los principales recursos naturales de la región (bosques y pastizales; fauna salvaje y ganadería extensiva), una



Ayuntamiento de Cervera del Río Alhama, cabecera de comarca que más habitantes ha perdido en estas dos décadas, 823.

parte importante del patrimonio y la cultura tradicional y, por ende, supone uno de los principales atractivos turísticos de la región, es hoy lo que en términos geográficos se considera “desierto demográfico” (-10 hab./km²). Hectáreas y hectáreas de terreno sin un alma donde se cebó la gran oleada de despoblación en los años sesenta y setenta del siglo xx.

Si con anterioridad habían quedado abandonados los pueblos más aislados, dejando una parte de la sierra salpicada de ruinas; pasada la medianía del siglo pasado, los mejor comunicados asumieron con resignación el éxodo, bien hacia otros municipios del valle y Logroño, bien a otras comunidades más industrializadas, o bien a Sudamérica. Con la pérdida de población se cerraron casas, colegios y comercios, se abandonó la agricultura más residual (en terrazas o tierras pobres) y la ganadería empezó a perder protagonismo. Si el éxodo se produjo prácticamente de un día para otro, desde entonces, los pueblos de las zonas de sierra han ido menguando a un ritmo constante, sin medidas paliativas que revirtieran la situación y con escaso interés social e institucional por su destino.

La tormenta perfecta

Envejecimiento, insuficiente relevo generacional (cuando lo ha habido), consiguiente caída de la natalidad, baja densidad demográfica y unos servicios básicos cada vez más mermados. “La tormenta perfecta”. Así lo calificaba la Federación Española de Municipios y Provincias en un informe de acción sobre la despoblación elaborado en 2017, donde se instaba a romper este círculo vicioso: “El vaciamiento de la mayor parte del territorio español, además de provocar un grave problema de desequilibrio socioterritorial, compromete también las cuentas públicas –encarecimiento de los costes de prestación de servicios públicos y sostenimiento de infraestructuras–, y supone una pérdida de potenciales activos de riqueza por el desaprovechamiento de los recursos endógenos”.

A esa tormenta perfecta habría que añadir el factor trabajo. Por una parte, y esencial en el medio rural riojano, un sector agrario con una rentabilidad muy ajustada que no ha resultado lo suficientemente atractivo para la población joven que podía haber revertido esta tendencia; y por otra, la falta de industria o empresas turísticas

que podían haber fijado población o atraído nuevos vecinos y recursos. También hay que decir que cuando se ha producido el relevo, la dificultad y el sobreesfuerzo que acarrea vivir en pueblos pequeños sin escuela, sin centro de salud y servicios asistenciales, sin tiendas o sin bar y con un deficiente acceso a las tecnologías ha propiciado que las familias opten para fijar su residencia por localidades de mayor tamaño que pueden ofrecer estos servicios.

De las palabras a los hechos

El fenómeno descrito no es exclusivo de La Rioja. Buena parte del centro peninsular, la llamada Serranía Celtibérica, que, además de La Rioja, ocupa áreas de Soria, Guadalajara, Teruel o Cuenca, entre otras; y la franja fronteriza con Portugal sufren una despoblación severa, con densidades de población inferiores a 8 habitantes por kilómetro cuadrado, según la Asociación para el Desarrollo de la Serranía Celtibérica. Esta situación de despoblación, sin igual en el resto de países europeos, ha hecho saltar todas las alertas sobre el incierto futuro del medio rural, ocupando espacio en los medios de comunicación prácticamente a diario

y dando lugar a un género literario “ruralista” inédito desde que el escritor Julio Llamazares dejara constancia del desmoronamiento físico y mental del último habitante de Ainielle, un pueblo del Pirineo aragonés, en la desgarradora novela *La lluvia amarilla*. Con este caldo de cultivo, importante para la visualización del problema, se han podido oír las reivindicaciones de diferentes colectivos rurales y ciudadanos (Serranía Celtibérica, Jarcia Riojanista o SOS Cameros, entre otros en La Rioja) que confluyeron en una insólita manifestación en Madrid el pasado mes de marzo convocada por las plataformas “Soria, ¡Ya!” y “Teruel existe” bajo el lema “Reuelta de la España Vacía”.

A la par que la voz de los pueblos se ha hecho más nítida y reivindicativa, las Administraciones públicas, bastante ajenas hasta ahora al problema, han reaccionado de forma unánime con propuestas para revertir la despoblación o al menos ponerle freno. El Gobierno de España ha aprobado recientemente la Estrategia Nacional frente al Reto Demográfico, siguiendo las directrices marcadas por los presidentes de las Comunidades Autónomas y la Federación de Municipios y Provincias. Una estrategia que plantea las líneas transversales de actuación a adoptar en todo el territorio, tales como garantizar la cobertura de telefonía móvil e internet de banda ancha a todo el territorio nacional, asegurar la prestación de servicios básicos iguales para todos o que todas las leyes, planes y programas

de inversión contemplen el aspecto demográfico para favorecer la redistribución territorial y la cohesión social... y, también, poner en valor la imagen y la reputación de los territorios más afectados por riesgos demográficos.

En La Rioja, la Agenda de la Población 2030, impulsada por el Gobierno regional, cuenta con un apartado específico dedicado a la despoblación rural. Recientemente se ha aprobado un paquete de 131 medidas, con una dotación anual de 193 millones de euros (62 específicamente para despoblación), para hacer frente al reto demográfico; unas medidas con las que, según el presidente de La Rioja, José Ignacio Ceniceros, “se pasa de las palabras a los hechos”.

A continuación resumimos algunas de las medidas que tienen como objetivo contener o revertir el despoblamiento en distintos frentes de actuación: agricultura, vivienda, educación, comunicaciones, empleo, turismo... El documento completo se puede consultar en la página web del Gobierno de La Rioja www.larioja.org/agenda-poblacion.

Para favorecer la natalidad, se establecen ayudas especiales por nacimiento de hijos y beneficios fiscales para familias con hijos residentes en el medio rural. En el ámbito educativo, se pretende favorecer el acceso a la educación de 0 a 3 años y mantener las escuelas rurales fomentando su papel de dinamizadores sociales y llevando a cabo, como pruebas piloto, proyectos de innovación educativa.

Asimismo se quiere ampliar la cobertura de servicios asistenciales y recursos asociados al envejecimiento con el fin de que las personas mayores puedan permanecer en sus municipios.

Con la intención de que a los jóvenes les resulte más atractivo quedarse o irse a vivir en los pueblos, se plasman medidas como bonificaciones o deducciones de IRPF para los residentes en el medio rural, incremento de las ayudas existentes cuando los beneficiarios residan en una zona de prioridad demográfica o la puesta en marcha de incentivos para que los empleados públicos fijen su residencia habitual en el municipio o zona donde prestan sus servicios.

En el plano de la vivienda, se contemplan planes específicos para el acceso y la rehabilitación de inmuebles en zonas de prioridad demográfica y también apoyo económico para el derribo y desescombro de inmuebles en ruinas.

En el ámbito agrario, el foco está puesto en favorecer el relevo generacional. Para ello se proponen las siguientes medidas: implantar servicios de asesoramiento técnico, promoción de la mujer, llevar a cabo programas integrales para la incorporación y mejorar los controles sobre las ayudas públicas para que sea efectivo el retiro de la población de más edad.

El empleo es otro de los focos de actuación, tanto vinculados a los recursos naturales (madera, biomasa, apicultura, micología, cinegética) como al turismo, la industria o el emprendimiento. Para ello se proponen distintas medidas económicas y de apoyo técnico.

La transformación digital en los pueblos está prevista con medidas como mejorar la conexión a internet, con banda ancha de al menos 30 megas en todos los municipios, o garantizar la calidad de las conexiones móviles. Unas medidas imprescindibles para la generación de empleo o la mejora de la calidad de vida y de los servicios que se plantean en otros apartados.

También se propone profundizar en el papel de las poblaciones intermedias como centros de multiservicios a los que los ayuntamientos de las zonas rurales tengan la posibilidad de acceder para cubrir las necesidades básicas de sus vecinos.



Santa Engracia del Jubera y sus siete aldeas, entre ellas San Bartolomé, tienen 154 censados.

Gregorio Lázaro

Ganadero de ovino y vacuno
38 años, casado, 2 hijos

Viniegra de Arriba

Sierra Rioja Alta
42 personas
1,1 habitantes/km²

La vida entre Logroño y las Viniegras

Cada mañana al despertarse podría oír el rumor del agua del Arroyo de la Fuentecilla que atraviesa el pueblo o el bullicioso canto de los gorriones en los frondosos árboles que resguardan la imponente Ermita de la Magdalena. Pero, en realidad, desde su casa oye pasar apresurados los coches por la circunvalación de Logroño. Gregorio Lázaro, “mejor Goyo”, eligió vivienda a la salida de la ciudad “para no perder mucho tiempo” antes de emprender viaje cada mañana a Viniegra de Arriba. 76 kilómetros ida y 76 kilómetros vuelta, dos horas y media mínimo en el coche todos los días para compaginar trabajo y familia. En Viniegra de Arriba tiene su explotación ganadera con 700 ovejas y las 200 vacas que pasan los inviernos en los pastos de Extremadura, y en Logroño vive su mujer y sus dos hijos. “Siempre me ha gustado ser ganadero, pero no puedo arrastrar aquí a mi familia. Ni me lo planteo. Mi mujer es médico y tiene su trabajo en Logroño y mis hijos tienen que ir a la guardería, a la escuela, a las extraescolares... El principal problema de estos pueblos es el tema de los chavales. Yo me he criado aquí y mis padres no me llevaron a natación ni a música. Lo primero que hacíamos cuando volvíamos de la escuela era cambiarnos e ir a ayudarles con la ganadería. Y luego, ya, los deberes. Pero ahora es totalmente diferente.”

Los siete pueblos del Alto Najerilla, Las Siete Villas, han ido a contracorriente en el comportamiento general del agro riojano. En estas sierras muchos jóvenes siguieron los pasos de sus padres y se quedaron para dedicarse a la ganadería. “Eso ha permitido mantener un poco los pueblos. Pero, ¿qué está pasando ahora?, que los hijos se han ido haciendo mayores y con 12 años se han tenido que ir al instituto. Y muchas mujeres se han bajado con ellos a Nájera o a Logroño porque son edades a las que todavía no los puedes dejar solos. ¿Los maridos?, van y vienen un par de días a la semana.”

Con la escuela de Viniegra de Abajo abierta está cubierta la educación infantil y primaria, pero ahora quedan cuatro niños escolarizados y la terrible amenaza de perder ese servicio. “Es imprescindible que mantengan la escuela, eso hay que dejarlo claro, si no, no se puede plantear que venga nadie a vivir a estos pueblos”, recalca el joven ganadero.

Goyo no es ajeno al debate que está generando la despoblación. “Hablar sí, se habla mucho, pero ¿medidas? La única

forma de fijar población en estos pueblos es con empleo y aquí lo único que es medianamente rentable es la ganadería y ser ganadero, si no tienes una base, es muy complicado. Venirte de una ciudad a echar ovejas o vacas es muchísimo el dinero que hay que invertir, aunque tengas algo de apoyo económico. Y luego hay otro problema: el lobo. Es la gota que ha colmado el vaso para que algunos ganaderos hayan abandonado y los que nos hemos quedado hemos tenido que reducir los rebaños para manejarlas mejor. Este año está siendo terrible.”

“Lo peor para un pueblo es que se cierre la escuela y, luego, el bar”, remata Goyo. La escuela de Viniegra de Arriba echó el cierre cuando él era pequeño, y la mayoría de los niños de la zona fueron a estudiar y a vivir a la Escuela Hogar de Ortigosa; el bar ha estado a punto de correr la misma suerte hasta que hace cinco años llegó Luis Martín Muro y su mujer. Hijos de padres emigrados a Madrid a mediados del siglo pasado, decidieron volver a los orígenes y reemprender su vida en el pueblo.

Martín aceptó la oferta del Ayuntamiento para llevar el bar y ser el alguacil a cambio de una casa. “Yo soy delineante y mi mujer, ingeniero, y en los años de la crisis se quedó sin trabajo y decidimos venirnos a vivir aquí. Sabíamos lo que nos íbamos a encontrar porque siempre hemos veraneado en Viniegra”. Luis y su mujer y los dos hijos que han tenido en el pueblo, de uno y tres años, son un soplo de aire fresco para un pueblo envejecido y con pocas expectativas de crecimiento. “Nuestra intención es quedarnos aquí, pero según cómo vayan las cosas.” La cautela de Martín a la hora de afrontar el futuro viene dada por algunas carencias intrínsecas de estos pueblos pequeños y a desmano. “Para mi mujer es complicado encontrar un trabajo aquí porque no hay guardería para dejar a los críos. Estaría muy bien que la escuela de Viniegra de Abajo tuviera este servicio.” Otra posibilidad, trabajar desde casa a través de internet, lo que les permitiría a ambos complementar sus ingresos y dedicarse a su profesión, está complicada. “Telefónica no te da línea de teléfono, tiene que ser vía satélite. El Ayuntamiento tiene una parabólica que coge internet y tiene wifi para todo el pueblo. En invierno es fácil pillar red, pero en verano está supersaturado.” Una guardería cerca y una línea de internet a una velocidad razonable puede marcar la diferencia entre quedarse o irse.

“Lo peor para un pueblo es que se cierre la escuela y luego, el bar”

Jorge Fernández

Agricultor cerealista

33 años, con pareja

Juan Antonio Fernández

Agricultor cerealista

54 años, soltero

Navajún

Sierra Rioja Baja

15 habitantes

0,9 habitantes/km²


Los últimos agricultores de Navajún

Por las calles de Navajún hace años que no corretean niños y, desde hace poco, tampoco hay ancianos que descansen en los poyos adosados a las fachadas de piedra gris azulada, deslumbrantes con el sol de primavera. La edad de sus vecinos está entre los 33 y los 60 años; unos se dedican a la construcción, alguno trabaja en la mina de piritas, otro fue ganadero y Juan Antonio Fernández Laya y su sobrino Jorge roturan las tierras cultivables y siembran trigo, cebada y centeno. Son los últimos agricultores de este pueblo famoso por sus piritas, que dista de Logroño algo más de cien kilómetros y más de hora y media de recorrido. Se encuentra, sin embargo, a escasos cinco kilómetros de la localidad soriana de Valdeprado, perteneciente a la comarca de Tierras Altas, una de las zonas españolas epicentro de la despoblación.

Con 15 habitantes censados, Navajún (y también la cercana Valdemadera, con ocho) están entre los diez pueblos más pequeños de La Rioja, en una lista que encabeza Villaroya con cinco habitantes. En 1964 nació Juan Antonio Fernández Laya, en un momento en que lo habitual no es que llegasen niños al pueblo, sino que se fueran. “En los sesenta fue la desbandada. Si había 300 habitantes se quedaron 50. De este pueblo, la mayoría se fue a ciudades grandes, no tanto al valle.” La escuela, recién estrenada, cerró sus puertas y a los chavales los llevaron a la Escuela Hogar de Ortigosa de Cameros. Allí pasó Juan Antonio tres años hasta que sus padres lo escolarizaron en un colegio de Alfaro y luego en el instituto. “Después me quedé con mi padre. Tenía ovejas churras y la tierra. Cuando se jubiló mi padre quitó las ovejas porque el campo es duro, pero las ovejas..., madre mía, acabé hartó. Teníamos también espárragos y me levantaba a las cinco de la mañana

para cogerlos, luego soltaba las ovejas y, entre tiempos, labraba la tierra. No era vida.” Hoy cultiva 350 hectáreas de tierra parda en Navajún, Valdeprado y Valdemadera. Algunas parcelas más amplias en el fondo del valle, pero la mayoría, tablas que festonean las laderas como si fueran un traje de fiesta, dando a estos parajes una apariencia diferente a cualquier otro de La Rioja.

Jorge Fernández, de 33 años, ha seguido los pasos de su tío. Hace tres años se instaló como joven agricultor y siembra también cereal en 170 hectáreas repartidas entre Aguilar y Cervera del Río Alhama, donde reside con su pareja. “Siempre

me ha gustado la agricultura. Tenía tierras y maquinaria y la posibilidad era muy buena. Tengo amigos en Aguilar que también se han hecho jóvenes agricultores; en Cervera, no tanto, el terreno es más pobre y la gente joven que se queda en el pueblo se mete a trabajar en alguna fábrica.”

Hablar de soluciones para revertir el problema de la despoblación parece ciencia ficción en este pueblo donde el futuro está decidido. “La despoblación... Bueno, creo que las medidas que se puedan tomar van a ir más dirigidas a apoyar a los pueblos grandes para que se mantengan. Aquí ya poco se puede hacer,” señala Juan Antonio. Ese “poco” no es nada. A lo largo de la charla, la queja constante es el mal estado de la carretera, su cordón umbilical con el mundo; también la poca frecuencia con la que viene el médico al pueblo (“una vez cada mes y medio”), la deficiente cobertura móvil o que no haya un medio de transporte público para salir o llegar al pueblo. “Nosotros pagamos los impuestos igual que el que vive en Logroño. No estamos pidiendo los mismos servicios, pero un día a la semana un transporte público o cada quince días un médico; tampoco es pedir demasiado”, señala Jorge.

“El apoyo va a ir a los pueblos grandes para que se mantengan. Aquí ya poco se puede hacer”

Agnieszka Misztela

Trabaja en el sector servicios
41 años, separada, 4 hijos

El Rasillo de Cameros

Sierra Rioja Media
130 habitantes
8,2 habitantes/km²

Una polaca en Cameros

Agnieszka Misztela siempre ha vivido en un pueblo. Nació hace 41 años en una localidad a 150 kilómetros de Varsovia en la que, según cuenta, “solo había mayores” y hace 12 se trasladó a El Rasillo con su marido y sus tres hijos mayores. Aquí tuvo al cuarto, Juan Carlos.

Su primera parada en España fue en Huelva, recogiendo fresas. “Unos amigos nos dijeron que necesitaban gente para trabajar en la fábrica de jamones Monte Nevado y se vino mi marido, mi hermana, mi hermano y mis dos cuñados. Cuando el jefe de mi marido se enteró de que yo estaba en Huelva también me ofreció trabajo en la empresa para que pudiéramos reunirnos toda la familia.” En marzo de 2007 Agnieszka llegó a El Rasillo y en septiembre vinieron sus hijos. En este pueblo camerano han llegado a vivir cuatro de sus seis hermanos, aunque con la crisis económica tres de ellos se trasladaron a Carbonero el Mayor, en Segovia, donde tiene su sede la empresa Monte Nevado. Ella y su hermana menor se quedaron en Cameros y ahí siguen.

Este pueblo del Camero Nuevo no responde a la tendencia general que se está produciendo en Sierra Rioja Media ni en las poblaciones enclavadas en la zona montañosa de la región. Aquí, en vez de restar, se han incrementado los habitantes. Poco, pero algo. Hoy hay 130 censados, casi un 6% más que hace 20 años. Sin embargo, en su conjunto, los dos Cameros han perdido 571 vecinos en este periodo y ahora son 2.679 censados (la población que tenía Soto de Cameros a mediados del siglo XIX. Cuesta creerlo). Las localidades vecinas de Ortigosa y Nieva han perdido casi un cuarto de censo en estas dos últimas décadas. A la situación de agonía demográfica que vive esta sierra de poderosa geografía le está poniendo voz la plataforma SOS Cameros, reclamando mayores servicios y ventajas fiscales para los habitantes de las zonas

rurales, unas reivindicaciones que muchos cameranos llevaron a Madrid el pasado marzo en la manifestación de la España Vacía.

La razón de que El Rasillo siga una tendencia diferente al resto de localidades cameranas está en el factor trabajo. No solo asociado a la ganadería, también a una oferta turística muy abundante, ligada a los valores naturales de la zona y al Club Náutico a orillas del pantano González-Lacasa, y también a la empresa jamonera Monte Nevado, que da empleo a unos cuantos habitantes de la zona y también a la población inmigrante. Hoy viven en El Rasillo tres familias georgianas recién llegadas, las

“Nosotros estamos aquí porque hay trabajo”

dos polacas de Agnieszka y su hermana, dos rumanas, una búlgara y una holandesa. “Nosotros estamos aquí porque tenemos trabajo. Pero los españoles que tienen hijos mayores viven la mayoría en Logroño y vienen solo los fines de semana. Cuando empieza la primavera y el verano esto está lleno. En invierno, es muy duro”, señala la polaca, que durante estos años ha compaginado la crianza de sus hijos con empleos en las casas rurales de la zona y ahora trabaja los fines de semana en el restaurante Cameros y atiende a una vecina mayor. En sus ratos libres, fotografía las calles nevadas de El Rasillo y las nubes a punto de descargar agua sobre el pantano y las comparte a través de las redes sociales y en el Diario La Rioja.

La trayectoria vital de la polaca puede estar a punto de cambiar. O no. Con un proceso de divorcio en marcha y dos hijos que empezarán el instituto en Logroño el próximo curso, Agnieszka se está planteando trasladarse a la ciudad. “El pueblo está muy bien... para los mayores, pero me gustaría tener más tiendas, un poco de ocio... En Polonia nací en un pueblo y luego me trasladé aquí, a otro pueblo, pero también me gustaría conocer la vida en una ciudad. Pero no sé qué haré, mis hijos están contentos aquí y no quieren marchar.”



Una mujer a contracorriente

Isabel Ochoa
Ganadera y quesera
54 años, separada, 3 hijos

Préjano
Sierra Rioja Baja
217 habitantes
5,1 habitantes/km²

“Cuando se han tenido 1.500 ovejas y parideras de 500 o 600 corderos en veinte días, todo lo que hagas luego te parece un paseo. Aquello era agotador.” Isabel Ochoa, 54 años, madre de tres hijos y separada, recorre con su Opel Combo la vía verde de Préjano hasta los pabellones donde guarda el ganado –150 ovejas y 250 cabras– como si fuera un camino llano y sin curvas. No es así la vida que ha llevado, pero a todo parece hacerle frente con rotundidad, una determinación que le ha hecho ir a contracorriente en las decisiones que han marcado su vida. Cuando muchas mujeres en edad de plantear su futuro buscaban trabajo en Logroño o en las fábricas de Arnedo, ella decidió quedarse en el pueblo y ayudar a su padre con el ganado. En 1986, al jubilarse su progenitor, se hizo cargo de una explotación de 500 ovejas y, diez años después, tenía esas 1.500 cabezas que tanto trabajo le han dado. En el 98 se casó e instaló la vivienda familiar en Tudelilla. En los años siguientes, los días de veinticuatro horas se le quedaban cortos para atender a los tres hijos que ha tenido, estudiando en Arnedo y con residencia en Tudelilla, y a los padres mayores y la explotación de ovejas en Préjano.

“Con el desacoplamiento de las ayudas de la PAC y, sobre todo, por la dificultad para encontrar pastores profesionales, decidí cambiar la explotación. Quité una parte de las ovejas y eché más cabras.” En 2015, con la ayuda de Fademur, la asociación de mujeres rurales a la que pertenece, pidió un plan de mejora a la Consejería de Agricultura y abrió la quesería La Cilla, en la que elabora el queso fresco que vende en tiendas de los pueblos de la zona y en Logroño... “¿Ordeñadora? No, no tengo. Es que yo desde cría he ordeñado a mano. Con diez años íbamos mi hermana y yo al monte andando con un macho casi una hora a ordeñar las cabras. Mi padre se quedaba con los animales y nosotras volvíamos con la leche y la repartíamos en Arnedillo y, con la que sobraba, mi madre hacía quesos. Eran trabajos ahora impensables, pero he tenido una infancia de lo más feliz, con mi padre, la naturaleza, los animales...”

Préjano es el único de los municipios pertenecientes a la comarca Sierra Rioja Baja que ha mantenido la población en estas dos últimas décadas. Con algo más de 200 habitantes,

vivió años de prosperidad con las minas de carbón que mantuvieron su actividad durante cuatrocientos años hasta que se cerraron en los sesenta. En ellas llegaron a trabajar más de 300 personas y su huella permanece todavía en la vía verde que en otro tiempo ocupó el ferrocarril que transportaba la hulla hasta Arnedillo y Calahorra.

Isabel no tiene mucho tiempo para ver la tele, pero desde la radio de su furgoneta, invariablemente encendida, está al día del debate en torno a la despoblación rural que ha despertado la conciencia sobre el desequilibrio territorial y la falta de servicios que sufre una parte de la población. “Hay que quejarse, pero tiene difícil solución”, dice rotunda. “Los pueblos se están quedando para recreo de las ciudades y no se dan cuenta del valor que tiene mantener el medio rural. ¿La solución? –se pregunta–. La solución siempre es que haya trabajo, o en el pueblo o en un sitio cerca para que la gente pueda quedarse”. Es lo que ha pasado en Préjano. Con

Arnedo a diez minutos, no se ha producido la merma de habitantes que han sufrido otros municipios y se ha mantenido la escuela, el centro de salud, la farmacia y los bares.

“Y también es importante emprender, alguna empresa artesanal en torno a los productos locales puede ser una solución. Aunque tampoco es fácil. Montar la quesería me ha costado mucho trabajo, es mucha

inversión y si te dan ayudas hay que cumplir los plazos.” Antes de la quesería, Isabel Ochoa quiso poner apartamentos rurales y un aula de formación pastoril, pero la falta de apoyo público le hizo decantarse por la elaboración de queso. Ahora, instalada a tiempo completo en Préjano, con los hijos criados, un negocio que funciona y un rebaño manejable que le permite salir cada tarde a pastorear y darse un “chute” de naturaleza, Isabel está pergeñando un nuevo negocio: “Pues sí, voy a rehabilitar una vivienda grande que compré para los pastores y, luego, quiero poner una casa rural.”

Y remata: “Venimos de una cultura que considera que vivir en un pueblo es inferior y vivir en una ciudad da categoría. Socialmente ha sido peyorativo ser de pueblo y cuando las cosas han estado tan arraigadas, cuesta cambiarlas.”

“Venimos de una cultura que considera que vivir en un pueblo es inferior y vivir en una ciudad da categoría”